



CLAVES
PARA
UNA
HERMENEUTICA
DE
LOS
EJERCICIOS

Victor Codina

De un largo y profundo trabajo del P.Codina seleccionamos y condensamos algunas de sus partes, que ayudarán sin duda a una mejor comprensión de los Ejercicios.

Se suele asignar a Ignacio el carisma apostólico, el misionero, el del servicio en misión de la Iglesia. Y estas afirmaciones son ciertas. Pero tratándose de los Ejercicios y de su hermeneútica, no es legítimo introducir en su lectura elementos del Ignacio fundador de la Compañía de Jesús, o del futuro redactor de sus Constituciones. El Ignacio de los Ejercicios es anterior y más primitivo. Y por esto el libro de los Ejercicios tiene un carácter más universal que la fundación de una Orden o la estructuración legislativa

de un cuerpo apostólico. Leer los Ejercicios bajo la clave del servicio apostólico y la obediencia a la Iglesia militante ¿no será extrapolar la perspectiva indebidamente?. Una cosa es que Ignacio y sus compañeros llegasen a través de los Ejercicios a una opción apostólica y a formar un cuerpo apostólico al servicio de la Iglesia, y otra muy diversa es que ésta sea la clave hermenéutica adecuada para leer (o hacer) los Ejercicios. La unidad vital existente entre los Ejercicios y las Constituciones de la Compañía de Jesús no permite una exégesis de los Ejercicios con la clave de las Constituciones, sino una lectura de las Constituciones con la clave de los Ejercicios.

¿Cuál es la perspectiva correcta para leer los Ejercicios en lo que tienen de típicamente ignacianos, en su nivel peculiar y arquetípico?.

1. Clave Heurística

La primera regla hermenéutica para interpretar bien los Ejercicios en el nivel que nos hallamos, y supuestas las anteriores claves, es la clave heurística. Por clave heurística entiendo la clave que interpreta los Ejercicios como una estructura de búsqueda y hallazgo, ya que

"todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para salud del ánimo, se llama ejercicios espirituales" (EE 1).

El punto de partida para interpretar bien los Ejercicios es el de "buscar y hallar la voluntad divina" (EE 1). Esto es lo característico de los Ejercicios y lo que los contradistingue de otros caminos espirituales.

Los Ejercicios no son un conjunto de meditaciones piadosas y devotas sino un método, un modo para buscar y hallar la voluntad divina. Al llegar el momento de la elección, Ignacio dice muy gráficamente:

*"comenzaremos juntamente contemplando su vida,
a investigar y a demandar en qué vida o estado
de nosotros se quiere servir su divina majestad"*
(EE 135).

Todo se ordena a esta tarea heurística: buscar y hallar la voluntad divina. Las contemplaciones de la vida de Cristo desembocan en la elección (EE 169-189). Las reglas de discreción de espíritus, dejan de ser reglas monásticas sobre las gracias privadas de oración, para convertirse en criterios de una buena y recta elección. Esta dimensión "heurística" explica la importancia del "examen" en la estructura de los Ejercicios. El examen en los Ejercicios (vg. EE 1 y passim) no es la mera vigilancia o "nepsis" de los monjes, en orden a una pureza de conciencia: es una actitud vigilante en orden a descubrir la voluntad divina. La apertura de la conciencia al "que da lo ejercicios" no se hace en orden a la confesión sacramental, sino a una ayuda en el discernimiento (EE 17). No se trata sólo de precaver los engaños, sino de descubrir positivamente lo que Dios quiere de cada persona.

La actitud ignaciana que se esconde bajo esta búsqueda de la voluntad divina no es la de un monje, ni tampoco, a mi modo de ver, la del "noble caballero de Jesucristo" como dice Hugo Rahner, sino la del peregrino, la del hombre para el cual la vida es un camino abierto en búsqueda de la voluntad divina. Esta dimensión de peregrino es clave para la lectura de los Ejercicios.

Evidentemente detrás de esta clave se halla una serie de implícitos que los Ejercicios dan por supuestos: que el ejercitante busque sinceramente la voluntad divina y que, por otra parte, existe realmente una voluntad divina para cada ejercitante y un modo para conocerla.

El ejercitante ideal para Ignacio no es el que pretende "llegar hasta cierto grado de contentar su ánima" (EE 18) sino el que entra "con grande ánimo y liberalidad" (EE 5). Para Ignacio el ejercitante más apto es el que busca, o como dice en su Directorio el "ambiguo" (el que está con dudas acerca de su camino) y el "angustiado".

El presupuesto de este buscar la voluntad divina personal estriba en que Cristo, Rey eterno y Señor universal, "a cada uno en particular llama" (EE 95). De la captación y aceptación personal de este plan de salvación depende el "salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor" (EE 150). Ignacio, no se sitúa en una "anagogía" que quiere vivir ya ahora el futuro escatológico a través de la contemplación y la "dulcedo", sino que busca su lugar en la historia de salvación. Ignacio está persuadido de que el Reino no ha llegado todavía en plenitud, que es tiempo de lucha, y éste sería el sentido aceptable de la dimensión militante que se atribuye a los Ejercicios. Pero lo específico no es la lucha, común a todo cristiano, sino el buscar y hallar el lugar que corresponde a cada uno en esta lucha.

Esta búsqueda de la voluntad divina sería inútil si, de hecho, no fuera alcanzable. Ignacio está convencido de que esto es posible y desarrolla lo que Karl Rahner llama la "lógica existencial" para captar esta voluntad divina en su inefable irrepetibilidad existencial. No es éste el lugar para estudiar toda la problemática en torno a la elección, discreción de espíritus, etc. Los estudios son ya numerosos y de valor. Unicamente quisiera destacar que este hallar la voluntad divina es gracia. Ignacio al llegar el momento de la elección hace "pedir a Dios Nuestro Señor que mover mi voluntad y poner en mi alma lo que yo debo hacer" (EE 180). Ya en la anotación 15 había insistido que el que da los Ejercicios "dexe immediate obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor" (EE 15 cf 330, 331. 336). El buscar y hallar la voluntad divina es una gracia que Ignacio cree que el Señor comunica al que sinceramente la busca y la pide. En este proceso de búsqueda, la dimensión eclesial no es tanto el ápice, cuanto el marco dentro del cual se hace la elección: "es necesario que todas cosas de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí y militen dentro de la sancta madre Iglesia hierárquica, y no malas ni repugnantes a ella" (EE 170).

Podemos afirmar, resumiendo, que los Ejercicios son una mistagogía, una iniciación a la experiencia espiritual,

pero que esta mistagogía es heurística, tiende a buscar y a hallar la voluntad divina. Seguramente en la praxis cotidiana muchos Ejercicios no pasan de ser una mistagogía, más o menos "moderna", pero quizás pocas veces llega a ser una verdadera mistagogía heurística.

Esta clave heurística ofrece hoy nuevas posibilidades. El hombre de hoy se halla abierto a un campo mayor de decisiones que el hombre de una época medieval, por definición unitaria y de cristiandad. La sociedad y la Iglesia apelan con mucha mayor frecuencia que antes a la conciencia personal. La lógica de la decisión personal no se reduce ya a la decisión de estado o vocación, sino que llega a zonas mucho más radicales y más amplias. Los Ejercicios como una heurística cristiana pueden ayudar a esta formación de la conciencia responsable. Y quizás la primera búsqueda que el hombre de hoy deba realizar es la del misterio de Dios, la de Jesús, la de la fe. Los Ejercicios fueron pensados para personas creyentes, y fueron escritos en un mundo homogéneo, donde la fe era la atmósfera que se respiraba. Sin embargo, cuando se analiza la estructura última del acto de fe, uno se encuentra con que su último reducto, inefable e inexplicable, se sitúa en la zona de la experiencia espiritual, de la gracia, de la "consolación", para expresarlo con términos ignacianos.

Por otra parte, es indudable que la lógica existencial ignaciana puede enriquecerse con las aportaciones de estos últimos tiempos. En muchos casos la heurística de los Ejercicios deberá completarse con métodos comunitarios ("deliberación" comunitaria) y con métodos históricos para captar los "signos de los tiempos". Todas las aportaciones de la psicología, de la sociología, de la historia, de la hermenéutica, deberán aquí ser integradas.

Esta clave heurística da a los Ejercicios una perenne actualidad. La vida del cristiano y de la Iglesia en la tierra es una búsqueda constante, un continuo preguntarse "lo que debo hacer por Cristo" (EE 53), un continuo pedir no ser "sordo a su llamamiento, más presto y diligente para cumplir su sanctissima voluntad" (EE 91). La clave heurística está abierta al futuro.

2. Clave Kenótica

Clave Kenótica significa que los Ejercicios deben leerse desde la kénosis de Jesús, de la cual nos habla Pablo en su carta a los Filipenses (Fil 2,6-8).

Evidentemente Ignacio no podía presentarnos otro Cristo, que el de los Evangelios y de Pablo. El Criador y Señor, la Divina Majestad, el Eterno Señor de todas las cosas, "es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal y así morir por mis pecados" (EE 53). El Pantocrátor es el crucificado. Pero hay algo más en los Ejercicios, que obliga a una lectura desde la clave kenótica: una peculiar insistencia en el tema de la pobreza y de la humillación de Cristo, y consiguientemente del seguimiento de Cristo pobre, por parte del que hace los ejercicios. Juan Alfaro afirma:

"Es notable la coincidencia del pensamiento de San Pablo sobre el hacerse hombre de Cristo, como "hacerse pobre" (2 Cor 8,9; Fil 2,5-9; Gal 2,20), con el de S. Ignacio (53.104.116)" (1)

Hay en Ignacio una especial sensibilidad y preocupación por el binomio pobreza-riqueza, al que añade ordinariamente el deshonor-honor. Y esto tanto en Cristo como en el ejercitante. Es un tema clásico de los Ejercicios, y bastará recordar algunos de sus aspectos fundamentales.

Cristo nace en suma pobreza y después de trabajo, hambre, sed, frío, injurias, afrentas, acaba muriendo en la cruz, se afirma ya en la contemplación del nacimiento, como dando el panorama de su vida futura (EE 116). El sermón de Cristo en la meditación de las dos banderas se resume en pobreza, deseo de oprobios y humildad (EE 146), frente al llamamiento del mal caudillo que exhorta a codicia de riquezas, vano honor del mundo y soberbia (EE 142). Ignacio contempla

(1)

Juan Alfaro, Teología de los misterios de la vida de Cristo en Ejercicios-Constituciones. Unidad vital, Bilbao 1975, 1 c. p.195, nota 51.

la vida de Cristo desde una perspectiva muy concreta. El Rey eternal no es el Mesías triunfalista, sino el Siervo de Yahvé, el Jesús que rechaza las tentaciones de prestigio, que se opone a todo intento manipulador, al estilo de la leyenda del Inquisidor mayor...

Lógicamente, para el que hace los Ejercicios, el tema de la pobreza es crucial: indiferencia a pobreza-riqueza, a honor-deshonor (EE. 23), pedir al Eterno Señor de todas las cosas el imitarlo "en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual" (EE 98), pedir ser recibido debajo de la bandera de Jesús en suma pobreza, oprobios e injurias (EE 147), el desear "más pobreza con Cristo pobre que riquezas, oprobios con Cristo llenos dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio y prudente de este mundo"(EE. 167). Con una finura psicológica y espiritual notable, Ignacio hace que el ejercitante, si se siente movido a conservar oficios y beneficios, se afecte a lo contrario (EE 16) y en la meditación de los binarios propone que "entretanto quiere hacer cuenta que todo lo dexa en affecto" (EE 155).

Podemos decir que la clave kenótica es condición de posibilidad de una genuina lectura de los Ejercicios, ya que es la clave de la elección. La dinámica del "magis" ignaciano, que Hugo Rahner ha convertido en clásica, debe completarse con la dinámica del "minus": pobreza, deshonor, locura por Cristo. Este es el "desde donde" desde el cual debe realizarse la elección y la lectura del evangelio, el "lugar teológico" que Ignacio ha escogido para situarse ante Dios y ante la historia. Es una postura que enlaza con la del peregrino que busca la voluntad de Dios en pobreza, en medio de desprecio y de burlas. Es el tema de los "locos por Cristo" de la espiritualidad oriental, pero con la diferencia que en los Ejercicios se convierte en actitud universal para poder buscar la voluntad de Dios.

Esta clave kenótica necesita hoy ser reactualizada, por lo menos en dos dimensiones. La primera sería la reducción del tema del honor al tema de la pobreza, y la segunda la asimilación del tema del Cristo pobre al tema del Cristo po

bre en los pobres.

En cuanto a lo primero hay que afirmar que el Ignacio medieval concedía al tema del honor la importancia típica de la época, y en cambio era menos sensible, quizás, a la relación profunda que hoy vemos existe entre valores económicos y el tema del honor.

Pero sobre todo, la actualización de la pobreza de Cristo pobre postula, para ser real, la mediación de los pobres. Escribe Juan Alfaro:

"El fundamento evangélico de la pobreza ignaciana está en el amor personal a Cristo pobre, en la comunión con su vida de pobreza, en el seguimiento de su mensaje sobre la pobreza y los pobres, sobre el amor al prójimo especialmente del prójimo pobre y oprimido, y por consiguiente sobre la justicia. Si entre las dos frases programáticas de San Ignacio "lo que debo hacer por Cristo" y "pobreza con Cristo pobre" (53.167) se intercalan las palabras de Jesús lo que hicieréis por uno de mis hermanos (los pobres y desvalidos) lo haceis por mí (Mt. 25,40,45), todo queda claro con una luz nueva, cuya fuerza sacude nuestra conciencia: es la aparición de Jesús, su presencia real en los pobres. Y entonces se nos revelan la razón última y las exigencias de la "pobreza con Cristo pobre". La pobreza ignaciana no es un mero desprendimiento de los bienes materiales, sino la pobreza de los compañeros de Cristo pobre, presente en sus hermanos, los pobres: pobreza apostólica de identificación de amor con Cristo, que por amor se identifica con los pobres, y de seguimiento de Cristo que con su vida y mensaje nos llama a la comunión de vida con los pobres, que no son pobres únicamente porque carecen de lo necesario para vivir, sino que también y sobre todo en cuanto viven oprimidos por la injusticia. Si la pobreza ignaciana tiene su sentido último en la comunión de vida con Cristo pobre presente en

los pobres, y por esto con los pobres, no puede menos de incluir la identificación afectiva y efectiva con la situación de los pobres, y por consiguiente la opción de comprometerse por la instauración de la justicia social y por la liberación de los oprimidos. He aquí en nuestros días la nueva exigencia apostólica y social de la pobreza ignaciana como "pobreza con Cristo pobre", y por tanto en último término exigencia de la pobreza que vivió y enseñó Cristo" (2).

Por otra parte el tema de "los pobres" debe ser hoy estudiado a nivel estructural: estructuras de injusticia, clases oprimidas injustamente, países en situación de dependencia, situaciones globales de falta de libertad, etc. El tema pobreza-riqueza es clave en la historia del mundo de hoy, y por tanto también del cristiano y de la Iglesia. Y esto no es más que la concreción del tema ignaciano de las dos banderas:

"En esta opción se le concreta al cristiano el clásico dilema de su tradición espiritual, que Ignacio de Loyola calificaba como lucha "de dos banderas" (la de riqueza y la de pobreza), y Agustín como lucha "de las dos ciudades" (la del amor a sí y la del amor a Dios), y para Pablo como lucha de carne y espíritu. En esta disyuntiva no hay para el cristiano neutralidad posible" (3).

Así como la clave heurística impedía una lectura de los Ejercicios meramente devota y piadosa, del mismo modo la clave kenótica nos impide una lectura neutral de los Ejercicios y con mayor razón una interpretación según la cual el Reino

(2) Ibidem p. 196.

(3) J.I. González Faus, Tesis sobre cristianismo y lucha por la justicia, DIAKONIA n. 12, pp. 54-62.

de Dios se identifique con el prestigio, el poder, el dinero, la gloria y el honor, aunque esto se haga bajo el título de la "gloria de Dios". La gloria de Dios, el "magis" ignaciano, se realiza en el "minus" de la opción por los pobres.

Si lo centroeuropeos han sido sensibles a las dimensiones existenciales de los Ejercicios (elección, libertad, lógica existencial, etc.), los latinoamericanos lo han sido a estas dimensiones kenóticas. Los diferentes ensayos teológicos y prácticos de una lectura de los Ejercicios desde la teología de la liberación, son fruto de esta preocupación. La clave kenótica legitima estas interpretaciones como válidas, y no sólo como una de tantas formas de interpretar los Ejercicios, sino como una especie de test de genuidad: desconocer la clave kenótica es interpretar mal los Ejercicios. Las formas concretas que esta clave deba asumir en la historia de la Iglesia, esto será una ulterior tarea, un fruto del discernimiento. Pero la virtualidades de esta clave para una hermeneútica de los Ejercicios teórica y para su misma praxis, hoy son inmensas. Y evidentemente el que siga esta interpretación será tenido "por vano y loco por Cristo" (167). El aceptar esta clave kenótica es ya un fruto de los mismos Ejercicios. Estamos en pleno "circulo hermeneútico".... Es decir, sólo el que ha "hecho" los Ejercicios puede guiar a otros...

.'.'.'.'.'.'.'.'.'.'.'.

